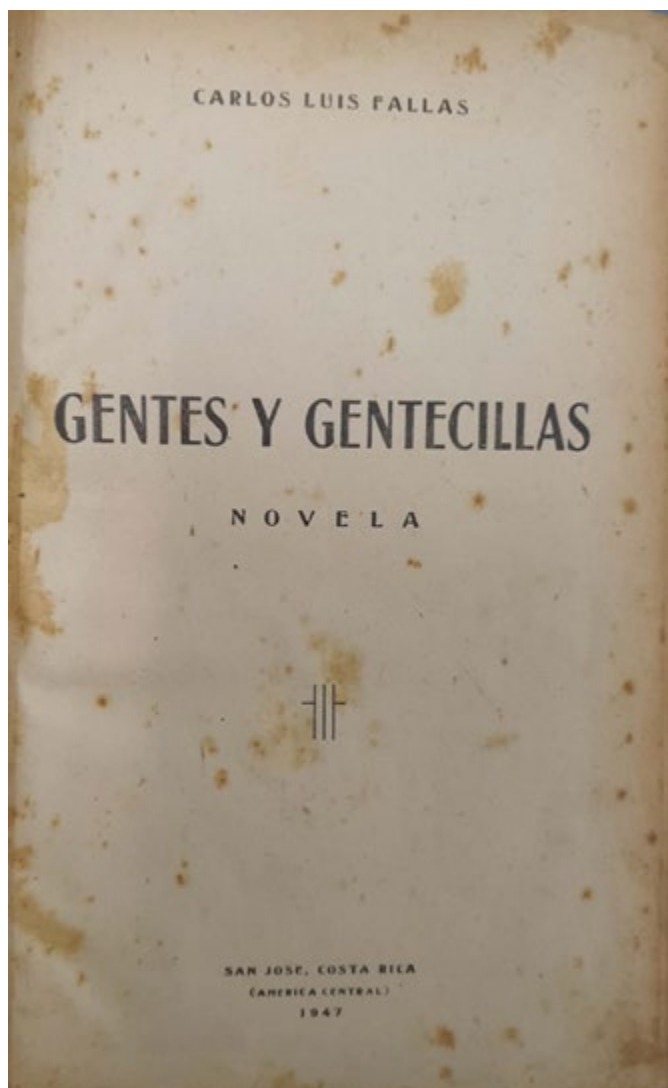


61 Gentes y gentecillas

Carlos Luis Fallas



Gentes y gentecillas, una recia novela. Dos senderos, dos vidas, que parecen buscar, se encuentran y enseguida se separan para perderse la una muy lejos de la otra.

Dicen que la novela en cuestión no tiene argumento. Me atrevería a preguntar, ¿qué llama argumento cuando se lo niegan a *Gentes y gentecillas*?

Hay inicio, hay desarrollo, hay solución del problema escogido. Son dos, en realidad los enigmas por resolver. El que se refiere a Jerónimo Solano y el que se relaciona con el destino de Soledad.

El autor, en magnífica visión del doble enigma, nos relata no lo que ha visto, eso lo hace cualquiera, sino lo que su alma ha experimentado al comprender cuánto frente a sus ojos se desenvuelve.

Conoce lo excelente en las cosas y en las personas. Se atreve a descubrirlo con acierto indiscutible. Eso, si no me equivoco, eso es poesía. Aprecia el verdadero sentimiento de la naturaleza. Comprende el significado de las pasiones que dominan a los hombres. Con suma habilidad, escoge la precisa expresión de ese sentimiento y de ese significado. Eso, si no caigo en error, es arte.

En los dos protagonistas del drama intenso, protagonistas sin alarde, sin espera de público que los observe y los aplauda, encontramos la honda poesía del presentimiento y la profunda poesía del desengaño.

No es, no puede ser la insatisfecha esperanza del goce, del egoísmo. Ni el fuerte Jerónimo, no la encantadora china Soledad, mujer digna por excelencia son capaces de sentirse, por un instante siquiera, egoístas.

Enérgico el espíritu de uno, plena de voluntad la conciencia de la otra. Por eso mismo, sus almas, que debieran encontrarse, se alejan la una de la otra, con inesperada rapidez.

No son víctimas ingenuas de un destino insensato. La fortaleza constituye su característica espiritual. Se comprende que son ellos quienes modelan la propia vida quienes se orientan en el propio sendero.

No es esta, por lo tanto, como algunos creen, la novela de lo ya determinado, de lo escrito con anticipación. Es, por el contrario, la novela de libre albedrío que va abriendo, por entre las vicisitudes de existencia, la sana preferida. Brújula: la propia voluntad.

Son dos tipos de estatura normal. Poseen los méritos necesarios para ser considerados como personales reales que se deslizan entre dificultades y que, cuando quieren, saben dominarlas.

El desarrollo del conflicto no es aleja, ni un ápice de lo racional. En todos los detalles vemos cómo la ambición sana, la recia voluntad y la resolución serena, transforman al ser humano en hombre verdadero, en un fragmento consciente del universo.

Siempre actuar, con audacia, a veces, con fuerza, en ocasiones. Se pone en ejercicio la omnipotencia de la propia personalidad que se no acepta traba alguna. Por eso Jerónimo se aleja de la China soledad. Por eso, ella, saturada de Intensa dignidad femenina, huye de Jerónimo.

No es el motivo fundamental de la novela la autocontemplación nociva de las almas de estirpe romántica. Tampoco lo es la voluptuosidad, ese punto muerto de transición entre el anhelo y el dolor. La verdad es la que domina en todos los momentos, porque ella es solamente libertad, nunca ensueño, jamás ficción.

Esa libertad y esa verdad se manifiestan en un deseo hondo de lejanía, en una nostalgia del hogar nunca olvidado. Recuerda las hermosas páginas en la que Jerónimo, ante los ojos maravillados de amor de la novia innegable, evoca la casa solariega en donde quedaron perdidos sus sueños de adolescente, sus amores infantiles. Es una página de artista consumando. Surge en nuestra imaginación, al leerla, todo lo que Jerónimo va describiendo en voz baja con los ojos cerrados, tendido boca arriba en el césped mientras hunde la cabeza martirizada en el tibio regazo de la pensativa novia suya.

Jerónimo se pierde en la lejanía y promete no volver nunca mientras Soledad se desvanece, también en la lejanía con deseo de que nadie vuelva a saber de ella.

Ambos se convierten en sombras cada vez menos visibles. Lástima es, porque son, en nuestra literatura, dos recias figuras que valen por sí mismas y que debieran ser el eje de nuevas concepciones de Carlos Luis Fallas.

En uno de los personajes de esta interesante obra, me interesa señalar aquella enfermedad que padeció la protagonista de la más discutida de las novelas de Gustave Flaubert. Emma Bovary sufrió una crisis de romanticismo que un filósofo contemporáneo llamó con acento indiscutible Bovaryismo. Esa enfermedad, por cierto muy contagiosa, la encontramos con todas sus características malignas en Doña Rosita. Ella se hace ilusiones como se les hace *Madame Bovary*, acerca de su propia personalidad. Está dominada por aquel sentimiento de inferioridad que los psicólogos denominan con nombre bien escogido, influencias psíquicas. Ese personaje, Doña Rosita, serviría para definir lo que tal enfermedad significa.

En resumen, estamos ante un verdadero novelista de futuro espléndido y ante una de las mejores novelas de Costa Rica.